

“OTRA IGLESIA ES POSIBLE” (Murcia 9.2.2013)

Joaquín Perea González

Introducción. Objetivo y método del libro. Mi exposición

Este libro es el resultado de mi experiencia actual de muchos laicos y laicas que conozco y trato, de movimientos de apostolado y de comunidades y grupos, quizá los mejores, los que se supone deberían estar más comprometidos con la evangelización, que están pasando por una noche dolorosa y muy desolada sufriendo por la deriva que sigue la Iglesia desde hace años; laicos que se encuentran en una penosa y confusa situación respecto a su pertenencia y a su misión en ella y que están en una grave lucha contra la tentación de abandonarla silenciosamente. Las ilusiones de una Iglesia renovada que nacieron con el Concilio se han ido derrumbando y no son pocos los que han entregado armas y bagaje o se han alejado definitivamente de ella sin dar portazos.

En el presente estamos viendo muchos síntomas de una fidelidad desilusionada. Ahí se refleja más o menos conscientemente el fenómeno actual que podríamos llamar cisma sumergido o soterrado, que conlleva una expectativa de que la Iglesia se renueve y se renueve su mensaje. Ahí se escucha un clamor emergente dirigido a la Iglesia a la que interpela para que se haga cargo de tales expectativas. Nos encontramos ante un grave desafío a la evangelización.

Las pretensiones de la obra, su objetivo último, quedan reflejadas en el subtítulo: “Eclesiología práctica para cristianos laicos”. Así se afirma de entrada que no se trata de un tratado de eclesiología en el sentido solemne de una obra de investigación, de alta divulgación o de consulta. Es nada más que un pequeño libro que pretende compendiar lo sustancial de esa materia para laicos.

Una palabra ahora sobre el porqué del método empleado: la encuesta de revisión de vida. Los militantes de los movimientos de ambiente llevan lustros aplicando el método popularizado por la JOC y la HOAC desde los orígenes. “Ver, juzgar y actuar” son los tres pasos clave de la encuesta de revisión de vida.

Dicho método me pareció un camino apropiado no solo para enfocar las cuestiones teóricas, sino también para implicar activamente a los lectores en un compromiso en relación con la comunidad cristiana en la que viven. ¿Por qué?

Estoy persuadido de que tanto la reflexión teológica como las propuestas para la intervención pastoral han de nacer de forma inductiva, atenta a la vida y sustentadora de la acción transformadora. De forma que el método usado no es solamente una mera cuestión de orden para el aprovechamiento de los lectores, sino una elección que es en sí misma el marco dentro del cual cobran sentido los mismos temas, es el continente dentro del cual se articulan los diversos contenidos. ¿Por qué?

Porque el recorrido teológico debe tener presente desde el comienzo el aquí y el hoy del mundo en que vivimos y de la Iglesia que somos. Con este enfoque se sostiene un principio por el que se da preferencia como punto de partida a la realidad que se desea transformar desde los valores del Reino. Se trata de un modelo de reflexión en el que la primacía la tiene la praxis transformadora.

Ver la realidad, o sea, partir de los datos que los sujetos han captado y tal como los han captado, recoger los datos que vienen de fuera.

Juzgar lo visto, o sea, confrontar la realidad vista con los datos de lo manifestado en la Revelación, fundamentalmente en Jesús de Nazaret.

Actuar en consonancia con lo visto y juzgado, o sea, verificar la realidad vista y juzgada con la praxis transformadora como criterio validador de la reflexión. La praxis es un momento interno esencial del conocimiento.

En resumen, no he querido hacer una eclesiología aséptica y sin incidencia en la praxis eclesial. Mi reflexión tiene una finalidad operativa. Al explicar la experiencia eclesial, formularla temáticamente e interpretarla en relación con el contexto

social, he querido ayudar a preparar las bases de una nueva forma de presencia de la Iglesia en el mundo de hoy.

Esto supuesto acerca del objetivo pretendido y del método utilizado, digo ahora en qué va a consistir mi charla. Voy a intentar resumir el contenido del libro bajo dos miradas: una mirada al presente y otra al futuro. La primera mirada quiere ser una síntesis de las ideas que cadencian el "Ver" de los diversos capítulos. La segunda mirada busca condensar las propuestas del "Actuar".

La mirada al presente, para diagnosticar, en el principio de la crisis actual de la Iglesia, una falta de comunicación con el mundo secular surgido de la modernidad, falta imputable en una gran parte a la privación de palabra responsable de la que sufre su laicado.

La mirada al futuro quiere mostrar que la Iglesia será impotente para cumplir su misión evangélica si no llama al laicado a asumir su responsabilidad bajo formas que hay que inventar desde ahora de común acuerdo.

I. PRIMERA MIRADA. DIAGNÓSTICO DEL PRESENTE

1. Visión general. Una crisis estructural

Los que vivimos la primavera conciliar del Vaticano II en la década de los 60, no podemos menos de sorprendernos ante la actual situación eclesial, a 50 años del comienzo del concilio. Al entusiasmo y euforia postconciliar ha sucedido ahora una atmósfera de desconcierto y perplejidad, de crítica y rechazo, de desánimo, de disidencia respecto al magisterio jerárquico por su paralización, más o menos encubierta, de la renovación conciliar.

La imagen global es de inmovilismo, incluso de marcha atrás, si comparamos con los tiempos alrededor del Vaticano II. En la Iglesia, que debería ser motor de esperanza, la caída de la ilusión está clara y fuertemente acentuada.

La causa de la crisis del presente es de carácter estructural, su responsabilidad está prioritariamente en la institución. Es difícil negar que en esto, si se atiende justamente a la situación global, tiene a todas luces un influjo decisivo el modo de estar gobernada la Iglesia. Un gobierno vertical, donde —por principio y por derecho expreso— lo que viene de arriba es jurídicamente incuestionable. A la Iglesia hoy se le plantean problemas muy graves no desde fuera sino de un deterioro institucional, facilitado por su configuración jerárquica. Hay que reconocer que los problemas intraeclesiales son los que más afectan a los cristianos un poco lúcidos de hoy. La lista de dificultades es larga y conocida.

¿Cómo hemos llegado a esta situación?

En primer lugar, el Vaticano II, aunque estableció los grandes principios para una eclesiología de comunión, no logró en muchos casos llegar a concretar las decisiones jurídicas para llevar a la práctica esta comunión eclesial. Pero además de ello, en la euforia de la primavera conciliar se cometieron excesos y abusos que asustaron a los dirigentes de la Iglesia. Era comprensible que tras siglos de cerrazón eclesial, la apertura de las ventanas de la Iglesia al Espíritu, produjera desconcierto y exageraciones.

Comenzó, entonces, una atmósfera de miedo que perdura hasta hoy. Esto ha llevado a una postura de retraimiento que ha sido llamada con varios nombres: involución eclesial, restauración, invierno eclesial... G. Alberigo, el gran historiador del Vaticano II, afirma que la minoría que en el Vaticano II había quedado de algún modo marginada, ahora vuelve a enarbolar las banderas de la tradición antimodernista y antiliberal.

Ciertamente la crisis eclesial no es uniforme: se constata sobre todo en el primer mundo, más fuertemente en Europa y de modo especial en España. Pero aun en el tercer mundo hay síntomas de que esta situación está también llegando tanto a sectores de cristianos conscientes como al mundo de los jóvenes.

Sobre el telón de fondo de la crisis presente me quiero fijar ahora en tres aspectos que los he escogido por ser sintomáticos y por su incidencia especial en los movimientos laicales y en la tarea a la que son llamados.

2. Desaparición del término "pueblo de Dios" y ataque a la Iglesia "popular"

Después del Vaticano II, relativamente pronto, comenzó el declinar en el vocabulario oficial no solo de la expresión, sino del concepto de "pueblo de Dios". Desde 1985 ese silencio toma carta de naturaleza. El sínodo extraordinario de los obispos de ese año, que conmemoraba los veinte años de la finalización del Concilio, se encargó precisamente de la nueva interpretación oficial que descalificaba en el nivel eclesiológico lo que hasta entonces había sido mensaje central del Vaticano II. Se propuso una interpretación conservadora de sus textos y varios conceptos claves fueron hábilmente "retocados", dándoles un sentido diferente del que habían tenido en las discusiones conciliares, entre ellos el de pueblo de Dios. El cardenal Ratzinger dijo que ese concepto era peligroso por sus connotaciones sociológicas. Se pretendía acabar con él y como alternativa se proponía el concepto de comunión para definir la esencia de la Iglesia. Es correcto, pero nada dice de cómo se verifica históricamente dicha comunión.

La curia romana intentó igualmente borrar el peligroso concepto de comunidad de base, esforzándose para que esa expresión no apareciera en los documentos oficiales. El ataque oficial a la llamada "Iglesia popular" fue frontal, especialmente en algunos lugares de América Latina. En el fondo se trataba de frenar las corrientes a favor de la democratización de la Iglesia, de la participación laical plena y de una eclesiología que revalorizara a las comunidades locales.

En la dimensión social de la Iglesia lo que hoy más impide que ella se realice como pueblo de Dios es la tradición de siglos, vertical y autoritaria, contraria a la dimensión "democrática", al "todos" del pueblo de Dios. Aceptar y vivir esta

dimensión de igualdad es difícil para quienes desean mandar y también para quienes prefieren someterse evitando así inseguridades, responsabilidades y riesgos. En la actualidad, lo más nocivo para que la Iglesia sea pueblo de Dios es el exceso de jerarquía con "poder sagrado", presentado como si fuese algo diseñado y exigido por Dios, ignorando el modo de proceder de Jesús. Y como contrapartida, el déficit de palabra y libertad de los laicos, el déficit de igualdad entre la jerarquía y los supeditados, que muchas veces es clamoroso.

3. Reduccionismo del laicado

Es un hecho inconcuso y desgraciado la marginación creciente de los laicos y el continuo desplazamiento del acento de la igualdad de todos fundada en el bautismo (LG 10) a la superioridad y subordinación jerárquica de la antigua sociedad de dos clases. A los laicos se les pide ponerse al servicio de la pastoral, pero no se les reconoce ningún derecho de decisión. Sus esfuerzos para participar en las instancias y organismos decisorios de la Iglesia han sido ahogados.

Ya sé que la crisis en los movimientos de apostolado seglar ha obedecido a factores muy complejos, pero resulta innegable que aquí radica uno de los más decisivos, acaso el más decisivo. Y piénsese en dos frentes fundamentales. Uno, la escasa presencia en la construcción de la moral, sobre todo en la familiar, la específicamente sexual incluida, y en las plurales modalidades de la profesional. El segundo, la asimismo escasa libertad de movimiento e iniciativa en la configuración efectiva del modo de estar presente la Iglesia en el mundo.

Desde la década de los ochenta la jerarquía ha apoyado y protegido mayoritariamente a los autodenominados "nuevos movimientos eclesiales", grupos y organizaciones de carácter neoconservador y espiritualista, que se han convertido en las huestes internacionales de la curia romana. Son movimientos que no tienen ningún interés en abordar las cuestiones sociales, que en economía se manifiestan claramente neoliberales y cultivan un tipo de uniformismo con nos-

talgas de cristiandad. Su orientación teológica es claramente conservadora y su actitud ante la jerarquía, de estricta sumisión como criterio básico de ortodoxia.

En este capítulo un fenómeno especialmente llamativo en sí mismo y de enorme trascendencia por sus efectos, es lo que sucede con el problema de *la igualdad de la mujer en la Iglesia*, que constituye nada menos que la mitad y acaso la parte más fiel de sus miembros. Como principio esa igualdad es reconocida, incluso oficialmente, como un "signo de los tiempos" (Juan XXIII en la encíclica "*Pacem in terris*"). Sin embargo, tanto la resistencia numantina ante su normalización efectiva, como las razones que se aducen o las aclaraciones que se intentan para mantener una postura cada vez más residual en las sociedades avanzadas, difícilmente escapan a la impresión de una postura anacrónica, sólo sostenible como un islote aislado en la marcha de la corriente humana.

4. La opción por los pobres

"La Iglesia de los pobres", reconocida por los obispos de Medellín, fue primero atacada, luego corregida con el adjetivo "preferencial", finalmente ha desaparecido de los textos oficiales. Y no es sorprendente.

Medellín, al hacer central a los pobres y su liberación, tuvo en su contra a los poderes económicos, militares, policiales y en buena parte también mediáticos del continente latinoamericano. Fueron campañas crueles de auténtica persecución. Sin embargo, desde un punto de vista cristiano lo más grave ocurrió en el interior de la Iglesia institucional. La persecución exterior la asustó. Pero además vio con temor que Medellín concedió aduleta y libertad a los cristianos para obedecer a Dios y defender a los pobres. Sentían que el poder de la jerarquía se tambaleaba. Eso fue juzgado como grave mal para la Iglesia. Y la jerarquía reaccionó. "La Iglesia oficial empezó a no tener nada que decir" (Comblin).

Después de la Asamblea de Puebla el acercamiento de la Iglesia a la burguesía a través de los "nuevos movimientos" con su teología conservadora y sus com-

promisos políticos con la derecha ha llevado a la total desaparición de la propuesta. En la misma línea la teología de la liberación recibió la enemiga declarada de la línea oficial jerárquica, siendo acusada de marxista. La Iglesia debía centrarse en el trabajo intraeclesial y no colaborar con corrientes de izquierdas.

Lo más grave de esta cuestión, aunque no se lo quiera reconocer, consiste en frenar el impulso a volver al Jesús del evangelio, en pobreza y sin poder, y a su seguimiento hasta dar la vida. Fue un silenciamiento de la enseñanza del Concilio. Eso hay que mantenerlo, o, si ha desaparecido, a eso hay que volver.

5. Esta crisis intraeclesial se da en el contexto de la crisis socio-cultural

No se puede olvidar algo obvio: la evolución del mundo católico se da en el interior de la crisis de la sociedad. Esta situación dominante ha condenado la Iglesia a quedar reducida a un papel marginal ante la crisis cultural y social presente. Pero la crisis es leída por el magisterio bajo la lente de la "cristiandad antimoderna": se afirma que es la consecuencia del abandono y de la traición por parte de la sociedad de los preceptos morales propuestos por la Iglesia.

La "reagrupación católica", abanderada por la jerarquía, no parece que vaya a tener otro significado que el de una reorganización ("prietas las filas") sin un efectivo dinamismo misionero. La Iglesia se ha mostrado sorda tanto a las peticiones de transformación provenientes de la sociedad, presa de fermentos radicales y de la crisis económica y social, cuanto a la diáspora de los católicos.

En definitiva, nos encontramos en una situación de *inmovilismo*, en el sentido de imposibilidad de mantenerse al paso de la marcha de la historia. En una humanidad cada vez más compleja, a un tiempo más pluralizada y globalizada, que vive cambios vertiginosos ante un futuro de apertura imprevisible, no resulta factible una respuesta tan vertical, controlada y uniforme como es la que puede ofrecer el modo actual de gobierno eclesial. Se comprende así su resis-

tencia casi instintiva a todo movimiento renovador, sea en el pensamiento teológico, sea en los movimientos de vida y acción comunitaria, sea en el reconocimiento de la pluralidad cultural tanto en la configuración litúrgica como en diálogo con las religiones de los propios entornos. Con el agravante de que, cuando la posibilidad de control es tan grande, la capacidad de impedir o deshacer es incomparablemente superior a la de crear.

6. La crisis afecta al conjunto del pueblo de Dios

No podemos reducir nuestra reflexión a la fijación clerical, jerárquica y papal de cierta crítica que se hace a la Iglesia. No porque esa crítica no sea pertinente o no esté justificada, sino por lo que pueda tener de cierta fijación obsesiva y, por tanto, de reforzamiento del centralismo que dice combatir. Nuestra debilidad eclesial tiene muchas razones y causas, que no todas responden al acoso jerárquico o a la hegemonía de ciertos sectores eclesiales, por seria que ella sea y por influyentes que sean esos sectores sobre el conjunto del pueblo de Dios. La crisis es ante todo una crisis del sujeto eclesial, esto es, de sus miembros individuales e institucionales, una crisis de seguimiento de Jesús y de fe vivida. Esta crisis de fe es la gran cuestión que afecta a la cabeza y a los miembros.

La nueva situación de la sociedad mundial resulta especialmente impactante en el conjunto del pueblo de Dios. Surgen nuevas formas de religiosidad no cristianas. Es evidente el pluralismo religioso y la presencia pública y notoria de las grandes religiones a las que la propia teología católica concede rango de verdaderas y de auténticos medios de salvación para sus miembros. Es este un hecho irreversible que cambia por sí mismo las mentalidades. Hasta hace bien poco los cuadros de la Iglesia tenían la sensación equivocada de estar al frente de un gran pueblo. Pero la religiosidad de los cristianos se ha hecho difusa y su vínculo con la institución eclesial se ha vuelto más débil e inefectivo. Existe un gran desconcierto, muchos miedos y a veces respuestas reactivas que exigen cerrar filas, disciplina e identificación. Si la religión ha actuado como vínculo social y horizonte existencial de sentido y moralidad de amplias capas de la po-

blación allí donde la Iglesia estaba implantada, su debilitamiento y transformación, está originando una crisis sin precedentes.

Otro aspecto de la crisis del sujeto colectivo eclesial es el referido al modo como se verifica la iniciación a la fe en Jesucristo y a la vida comunitaria. Las viejas estructuras pastorales al servicio de la génesis y sostenimiento de la vida cristiana siguen inalteradas en lo esencial, desde las parroquias o los movimientos, pasando por las órdenes religiosas o los diferentes grupos. Tales estructuras han perdido vitalidad, no gestan en medida suficiente ni vida comunitaria ni pertenencia eclesial. ¿Cómo generar hoy vida comunitaria eclesial? Esta cuestión se ha vuelto extremadamente problemática.

Un último aspecto de la crisis del sujeto que interesa de manera especial a los movimientos de apostolado de ambiente tiene que ver con la relación entre la Iglesia y el mundo. No puede existir el cristianismo sin evangelización al mundo; la Iglesia no es un fin en sí, sólo tiene sentido al servicio de la transformación profunda y evangélica del mundo. Ahora bien, el cambio epocal ha introducido no solo el pluralismo religioso al que me acabo de referir, sino el nihilismo teórico y práctico de las sociedades desarrolladas. Este nihilismo es consecuencia del vaciamiento que impone sobre todo el economicismo, la lógica del mercado y del consumo y no el laicismo o el secularismo, como tanto se insiste. Muchos confían hoy en que esta situación será resuelta por los autodenominados nuevos movimientos eclesiales que influirán en las opiniones públicas y en los ordenamientos jurídicos estatales en favor del papel de presencia de la Iglesia en la sociedad. Personalmente opino que los costes de esta estrategia para la Iglesia son muy grandes y, sobre todo, que tiene escasa perspectiva de éxito.

7. La cara positiva del diagnóstico. Una llamada a la esperanza

Ahora bien, por supuesto, un análisis así de la situación no debe ser la última palabra. La Iglesia no solo se compone de la jerarquía y de los clérigos. La crisis, aun siendo grave, no mata la vida de una Iglesia que, a pesar de todo, está

llena de iniciativas grupales e individuales, con fuertes rachas de espíritu profético, con presencias ejemplares en los márgenes de la sociedad, con un continuo hervir de vivencias religiosas de calidad muy profunda..., incluso, en muchos creyentes, con un talante de libertad evangélica que nada tiene que envidiar a lo más vivo de la sociedad actual.

No se puede olvidar la historia positiva de recepción del Concilio. El riquísimo contenido del Vaticano II como el proceso de una Iglesia que ha de reformarse siempre, todavía solo ha sido recibido parcialmente, aunque de forma real. El inspira a laicas y laicos, religiosas y religiosos, presbíteros y obispos en la expectativa de que pueda llevarse a cabo una verdadera renovación. El Concilio ha sido asumido, ha dado grandes frutos, se ha enraizado en las mentes y en los corazones de muchísimos, en innumerables contextos, ámbitos sociales y comunidades y grupos. Los resultados de este proceso han sido enormes en muy diversos ámbitos, tanto en el interior de la Iglesia, como en su relación con el mundo. Los objetivos teológicos, espirituales y pastorales del Concilio han alcanzado raíces tan profundas en la vida de la Iglesia que pueden resistir absolutamente al proceso de restauración neoconservadora que padecemos.

Precisamente por eso he titulado mi libro "Otra Iglesia es posible". Con ello enuncio "una posibilidad real", que, en el fondo, ya está aconteciendo, aunque sea con pasos tímidos, muy tímidos, lentos, quizá demasiado lentos.

Curiosamente tal posibilidad se está nutriendo del mismo contraste, vivamente sentido por muchos laicos, religiosos y presbíteros, entre la situación actual de la Iglesia y lo que fue el movimiento real inaugurado por Jesús: esta Iglesia con aire conservador y estructuras rígidas frente a la figura profética de un Fundador, tan crítico y rebelde, que fue condenado oficialmente como blasfemo por su máxima autoridad religiosa. Por eso su "memoria peligrosa" ha sido, es y seguirá siendo fermento que inquieta nuestras conciencias y abre la esperanza real de que, a pesar de todo, la Iglesia es capaz de "reformarse siempre" a ejemplo y figura de su impulso original.

Sería por tanto la peor reacción ante el rumbo actual de la institución eclesial caer en el pesimismo y la resignación. Esto solo sería ayudar a los adversarios de la renovación conciliar. Más bien hemos de convocarnos a la esperanza y a la energía. No cruzarnos de brazos, no solo lamentarnos y llorar en cuanto se ofrece la ocasión para ello. Es mucho más importante hacer todo lo posible para que las iniciativas del Concilio no se cubran de arena, sino que sellen la vida de la Iglesia. En la base eclesial siempre es posible un nuevo comienzo. Aquí los caminos hacia una más amplia evolución y hacia una renovación de la Iglesia en el sentido del Concilio Vaticano II están abiertos cuando se tiene el valor para una actuación decidida. Aquí vive la Iglesia y se configura el futuro.

II. SEGUNDA MIRADA. UN FUTURO A INVENTAR

Desde esta certeza propia de la esperanza teologal, paso a la segunda parte de mi charla que intenta ser una especie de zumo exprimido de los epígrafes del libro que presentamos, titulados "Actuar". Propongo una ***agenda eclesial*** para el actuar que desarrollo en varios puntos.

1. Dar a Dios absoluta prioridad sobre la Iglesia.

No se puede comenzar a hablar de la Iglesia, si antes no se habla de Dios. Porque Dios es siempre mayor que la Iglesia. Si los santos y santas de la historia han sido hombres y mujeres de Iglesia, es porque ante todo eran hombres y mujeres de Dios, místicos que habían tenido una profunda experiencia de Dios.

Se trata de una experiencia mística, fundante, del misterio de Dios, que desborda todas las mediaciones históricas, que de algún modo las relativiza y que es al mismo tiempo la que las puede dar sentido e integrar.

La Iglesia es ciertamente un misterio, es humana y divina, es una mediación hacia Dios, pero no es Dios, el cual en su infinita soberanía y amor desborda todo límite humano. Dios es mayor que la Iglesia, que todas las instituciones y estructuras de la Iglesia peregrina. Hemos de marcar siempre la prioridad teológica de Dios sobre la Iglesia. Si la Iglesia es un misterio es porque forma parte del proyecto misterioso de Dios con el mundo.

Podemos deducir de lo dicho que sin una experiencia profunda de fe en el misterio de Dios, absoluto, inefable, inabarcable, abismo sin orillas, amor incondicionado, que se nos ha comunicado en Cristo como vida y salvación..., sin esta experiencia fundante, no podremos acceder a la Iglesia.

De ahí que la tarea más urgente de la Iglesia en nuestros días sea la de iniciar a esta experiencia personal e inmediata de Dios, facilitar el acceso a una "mistagogía", sin la cual todas las demás mediaciones eclesiales carecen de base. No se pueden proponer dogmas o verdades de la Iglesia para creer, ni normas morales para cumplir, si no ha habido antes iniciación a una experiencia que nos lleve a "beber de nuestro propio pozo" (San Bernardo), a encontrar dentro de nosotros una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14).

Sin esta experiencia de fe, nuestra visión de la Iglesia se reduciría a la de una simple realidad intramundana más, una simple organización sociocultural o humanitaria, como la UNESCO o la Cruz Roja. Esta visión de Iglesia nos la suelen ofrecer los medios de comunicación social y siempre tenemos el riesgo de quedarnos también nosotros con esta percepción meramente exterior y sociológica.

2. Centrar a la Iglesia con más verdad y fidelidad en la persona de Jesús y en su proyecto del reino de Dios.

La Iglesia posee la enorme gracia de tener como referencia última, principal, insuperable, la persona de Jesús el Cristo. Y cuanto más se conoce al Jesús histórico, más se percibe la fuerza revolucionaria de su persona. No deja que se esclerotice ninguna estructura sin incitarla al cambio. Frente a la figura de Jesús muchas estructuras eclesíásticas se exponen a una terrible crítica.

Pues bien, necesitamos urgentemente movilizarnos y aunar fuerzas para ello. Si hablamos de conversión de la Iglesia, en definitiva eso significa conversión a Jesús. La Iglesia debe intentar seguir a Jesús de Nazaret de la mejor manera posible. En cualquier caso, y con las limitaciones de los humanos, debe hacer presente a Jesús, sin esconderlo sutil o burdamente. Muchas cosas habrá que hacer, pero ninguna más decisiva que esta conversión a partir de su imagen.

Basta comparar la figura del profeta de Galilea con ciertas manifestaciones de poder clerical para ver la gigantesca diferencia y la fuerza crítica de Jesús.

Éste me parece a mí que es en definitiva el problema fundamental al hablar de que "otra Iglesia es posible": recuperar una Iglesia con Jesús de Nazaret en el centro. Pero al nacer la Iglesia en Pascua, tiene el riesgo de identificarse tanto con el Jesús glorioso y resucitado que olvide la encarnación y crea que ya ha llegado el Reino de Dios. Lo cual significa olvidar su vaciamiento del que nos habla San Pablo (Fil 2, 1-11) y en general toda la vida del Jesús histórico transmitida por los evangelios: su nacimiento pobre en Belén, su vida durante treinta años de carpintero humilde, su predicación contra la riqueza y el poder, su opción por los marginados, su preocupación por aliviar el sufrimiento del pueblo del que se compadecía profundamente, su oposición a los poderosos y a cuantos utilizaban la religión para oprimir al pueblo, sus conflictos continuos con las autoridades religiosas de Israel, su muerte como blasfemo y malhechor desnudo en una cruz, entre dos subversivos.

Volver a la Iglesia del Jesús pobre de Nazaret implica recuperar una serie de categorías: la centralidad del Reino de Dios en la predicación de Jesús, su opción por los que tienen la vida amenazada, su enfrentamiento con el sistema político (*pax romana*) y religioso (teocracia judía) que lo condenan a muerte.

En estos últimos años la teología cristiana ha redescubierto la centralidad del Reino de Dios en la predicación de Jesús de Nazaret. El Reino es prioritario sobre la Iglesia, es mayor que la Iglesia; ella ha de orientarse al Reino, es semilla del Reino (LG 5), su símbolo, su sacramento, su signo profético. El Reino es el proyecto de Dios de comunicar al mundo su propia vida, comenzando por salvar la vida humana de todo sufrimiento y de todo mal.

Hay, pues, una tensión entre Iglesia y Reino y en esta tensión acontece toda la historia de la Iglesia, con sus errores y pecados, pues es una Iglesia peregrina que camina hacia la escatología del Reino de Dios, pero no ha llegado a ella.

Esto significa que la Iglesia no puede estar centrada en sí misma, no puede ser eclesiocéntrica, sino que su punto de mira ha de ir más allá de ella, hacia fuera. Debe ser una Iglesia servidora del mundo, preocupada no sólo de los derechos de sus hijos sino de todos los derechos humanos. En el fondo no es más que seguir el camino de Jesús, que no vino a ser servido sino a servir (Mc 10, 45).

El Reino no es una bella y lejana utopía, abstracta y genérica, sino algo muy concreto, liberar del sufrimiento y de todo mal. Por esto Jesús orienta su misión a dar vida, a liberar del sufrimiento y de la muerte, a anunciar el perdón y la gracia, especialmente a los pobres, marginados y excluidos de la sociedad: enfermos, pecadores, mujeres, niños, gente mal vista por los dirigentes de Israel.

Cuando surja la Iglesia después de Pascua y la venida del Espíritu, deberá seguir la línea de Jesús. Pero a lo largo de su historia, la Iglesia se ha identificado muchas veces con el Reino de Dios, como si ella fuera ya el Reino de Dios presente en la tierra, olvidando que es la Iglesia del Jesús pobre de Nazaret, Iglesia del crucificado, que su mensaje no es el de la sabiduría de este mundo, sino el de la cruz (1 Cor 1, 17-31). Esto se ha puesto de manifiesto en el modo cómo la institución eclesial, sus ministros, sus estructuras se han ido sacralizando, olvidado su carácter de signo del Reino. La Iglesia de Cristiandad, que duró dieciséis siglos, hasta el Vaticano II, es un ejemplo de esta tentación teocrática.

3. Asumir en la propia vida los criterios que fundamentaron el espíritu del Concilio para un nuevo recorrido.

Si hablamos de conversión de la Iglesia, la manera de formular históricamente y en concreto esa necesidad de conversión y de apuntar sus contenidos fundamentales, que la configuren cristológica y evangélicamente, tenemos que "volver", al Concilio. "Volver" no tiene nada de nostalgia ni de ingenuidad. Es preciso leer y vivir el Concilio en las circunstancias de cincuenta años después. Da-

dos los cambios históricos y de paradigmas, es evidente que ningún intento de mera imitación sería sensato, además de ser imposible. Y para una fe esperanzada tampoco es deseable, pues haría desaparecer el elemento de novedad esencial en la esperanza. Pero no es desatino volver a lo que fue fundamental en la irrupción conciliar, aunque haya que historizarlo adecuadamente.

He dicho "historizarlo". No se trata de volver simplemente al pasado. Dado que el Vaticano II dejó unas señales teológico-pastorales como puntos de partida para una Iglesia que se considera por su naturaleza misionera y se definió como pueblo de Dios y sacramento universal de salvación, es urgente un movimiento de renovación de conciencia que mantenga en pie los valores originales del Concilio y que mantenga viva la memoria de su utopía. De esta forma la generación venidera podrá optar de nuevo por recuperar su significado y prolongarlo.

4. Generar y reproducir hoy vida comunitaria eclesial.

La cuestión de la "eclesiogénesis" (Boff) se ha vuelto extremadamente problemática y difícil pero es la clave del futuro. Tiene que ver con la potencia del evangelio para configurar la vida singular y grupal, y esa potencia se encarna en grupos y vidas concretas.

No es difícil evocar los rasgos constitutivos de una comunidad de discípulos según el evangelio:

- meditar juntos la palabra de Dios, interrogarla para recibir de ella las respuestas a las preguntas del mundo,
- abrirse a todas las personas en búsqueda de sentido a la manera como Jesús frecuentaba los pecadores, tomarse la molestia de aliviar los sufrimientos de la sociedad a la manera como Jesús iba al encuentro de los enfermos,
- acoger en torno a la mesa la presencia del Señor que ha prometido venir en medio de los suyos, "anunciar la muerte del Señor

- hasta que vuelva” y nutrirse del pan de la vida, celebrar los misterios de la identidad cristiana,
- recibir e iniciar nuevos discípulos, darse ministros y presidentes de los que los cristianos tienen necesidad para constituirse como cuerpo de Cristo en la fidelidad a la tradición cristiana.

Más aun. Para que la Iglesia no se reduzca a grupúsculos comunitarios, ha de enriquecerse como resultado de la diversidad en la unidad. Se trata de una diversidad que integre los valores socioculturales y los conocimientos de una fe viva y adulta, unida a un discernimiento de cómo tal diversidad puede promover la unidad en la Iglesia. No hay ninguna necesidad de uniformidad para ser la auténtica Iglesia de Jesús. Al contrario: la verdadera comunión, según todo el Nuevo Testamento, solo nace de la variedad de dones y carismas.

Por tanto, impulsar la comunión en medio de la crisis presente conlleva trabajar en la consecución de un pluralismo real en grandes zonas de la Iglesia que quieren resistir a la actual contrarreforma y no permiten que se les descalifique como rebeldes o rupturistas. La cultura actual permite la utilización de las redes existentes y de medios de comunicación informáticos para lograr una Iglesia más comunión y por ello más sacramento de salvación para el mundo.

Una seria dificultad para lograrlo y vivir así la comunión eclesial se encuentra en el hecho de la fragmentación de los católicos en grupos y corrientes, cada uno de los cuales tiene su propia fórmula de renovación de la Iglesia. Lo más grave del caso, a mi modo de ver, es que existe una línea oficial en la institución eclesial, claramente restauracionista, que quiere imponerse mediante la autoridad a otras posibles y más coherentes con el Concilio Vaticano II y que da la palabra solo a una de las corrientes que existen en la Iglesia.

¿Cómo salir de esta situación conciliando los diferentes modelos de Iglesia? No hay una fórmula mágica para ello. Pero sí se puede decir algo esencial: que entre todos debemos buscar y encontrar una actitud de respeto por la diferen-

cia y diversidad cuando buscamos una unidad *viviente* en la Iglesia; que los creyentes, laicos y laicas, religiosos y religiosas, ministros ordenados, individualmente y en grupo, deben ser autorizados y capacitados para encontrar o crear un tipo de comunidad que sea expresiva de su fe y aspiraciones respecto a su vida cristiana y a su compromiso en la Iglesia y en el mundo.

5. Participación de todos en los asuntos que tienen que ser tratados, con voz y voto decisivo

La prioridad del pueblo de Dios, que debe ocupar el lugar teológico que merece, debe también llegar a prácticas significativas de participación. La Iglesia se debe construir a partir de un proceso "sinodal" en el cual se valore la diversidad. Reconstruir el concepto y la realidad de la sinodalidad solo se consigue practicándolo. Sinodalidad significa caminar juntos en las diversas fases del proceso: planificar juntos, discernir en común las alternativas de acción, tomar las decisiones necesarias y verificar juntos los resultados de lo realizado.

Necesitamos una Iglesia donde los líderes reconozcan e impulsen, en lugar de frenar, la elaboración de decisiones en los niveles apropiados en las Iglesias locales. Se necesita confianza en el pueblo de Dios para hacer aquello que a algunos o a muchos les puede parecer un riesgo. El pueblo de Dios es el sujeto de la acción salvadora de Dios en el mundo y, aunque es un pueblo estructurado por los diversos ministerios y no asambleario, a todo él le corresponde la misión evangelizadora.

La autoridad en la Iglesia no debe ejercerse sin reparto, a fin de que la obediencia sea dada a Dios mismo y no se detenga en la persona de los jefes, y a fin igualmente de que la autoridad no impida la libre creatividad inspirada por el Espíritu a los miembros del cuerpo de Cristo para el crecimiento de ese cuerpo. Tampoco debe ejercerse sin el necesario control que el ejercicio de todo poder exige y que debe ser llevado a cabo por instancias eclesiales distintas a las que han tomado las decisiones.

Cuanto más los laicos y laicas se hagan cargo de sí mismos, de su función en la Iglesia, tanto más el ministerio ordenado reencontrará su carácter original apostólico, es decir, su carácter itinerante y global: visitar las comunidades, ofrecerles los servicios que ellas reclamen, conectar sus actividades evangélicas, caritativas o sociales, reunirles en celebraciones de unidad.

Las diversas estructuras "sinodales" en los distintos niveles de la vida eclesial, de honda raíz teológica y claramente concordes con la intención y aun con el mandato conciliar, piden ser potenciadas como ejercicio de corresponsabilidad y como medios para la vivificación comunitaria. Que en lugar de esa potenciación se haya producido más bien una innegable acentuación del centralismo, tanto romano como diocesano, constituye un síntoma preocupante.

Desde esta perspectiva la configuración "democrática" del gobierno eclesial no sólo es una posibilidad objetiva, sino que hoy constituye una llamada de los signos de los tiempos y una oportunidad a la que no debemos renunciar.

La misión de la Iglesia en la cultura actual sólo resulta creíble si tiene la humilde sabiduría y la generosa capacidad de conversión evangélica para configurar el ejercicio de la autoridad eclesial mediante aquellas formas de gobierno que la historia humana ha ido descubriendo como las mejores para toda autoridad.

No se trata de cuestionar el ministerio pastoral, sino de (re)organizar su modo de ejercerse según el gran criterio de Jesús, que es el criterio del servicio.

Una importante advertencia. La renovación interna de la Iglesia, la de sus estructuras e instituciones no significa centrarse en sí misma, mirarse solo al ombligo. La primera contribución que la Iglesia puede dar al mundo para su renovación social, económica, cultural y política que deseamos es la de transformarse ella misma en comunidades más igualitarias, serviciales y fraternas.

6. Actualizar en el mundo contemporáneo la verdad y la bondad profundas del mensaje evangélico.

Ello significa ante todo proponer el escándalo del Evangelio. Frente al anuncio de un Evangelio traducido en versión conservadora optamos por un servicio al Evangelio de la provocación: «Yo no he venido a traer la (falsa) paz.» Las actitudes evangélicas ante el poder y el dinero son insensatas, utópicas. proyecto de Reino.

La Iglesia históricamente ha cedido con frecuencia a la tentación del «término medio». Ha recortado los extremismos evangélicos para hacer posible que el camello, pase por el ojo de la aguja. Ha inventado, según una expresión feliz, el camello enano. Hemos oído muchas veces a católicos de toda la vida, bien instalados en el sistema establecido, que la sociedad no funciona aplicando los principios del Sermón de la Montaña. Lo cual es perfectamente cierto si significa que no funciona «este modelo de sociedad que conocemos».

“¿Acaso -se responderá- es posible otro modelo? Haría falta una naturaleza humana distinta”.

Efectivamente, de eso se trata. Nuestro trabajo consiste en ayudar a hacer al hombre nuevo que alumbre la nueva tierra.

Sabemos de antemano que ese proyecto no se logrará en plenitud dentro de los límites de la historia, pero podemos acercarnos a él indefinidamente. Aceptar el lucro, el consumismo, la acumulación de capital como criterios configuradores de la convivencia humana, porque es lo sensato, implica renunciar a la lógica del Evangelio. Una cosa es admitir el gradualismo en la implantación de las exigencias de dicha lógica y otra muy distinta relegar el horizonte evangélico a la otra vida, dando por bueno el planteamiento de la burguesía cristiana.

Y ¿cómo hacerse presente en la sociedad? ¿Pretendemos un retorno a la cristiandad medieval o buscamos un nuevo modo de presencia?

Por nuestra parte defendemos una presencia eclesial en la vida pública de nuevo cuño. Una presencia que consiste en la inserción sin arrogancia ni timidez en el horizonte de la laicidad para ofrecer desde él las razones de nuestra esperanza a quienes se sientan interpelados por nuestra colaboración leal, crítica y desinteresada.

Es esta una tendencia muy distinta de la oficial que ha tomado forma en diversos medios y sectores de la Iglesia: queremos la superación absoluta de toda forma de cristiandad. Tenemos la convicción de que el deber central de la Iglesia no es ponerse a la cabeza de la sociedad y de sus procesos históricos, sino más bien inclinarse sobre los hombres, aceptar sus tendencias tal como ellos las ponen en práctica en la construcción autónoma de su historia y limitarse al anuncio de la venida del Reino. En esta perspectiva se impone una exigencia: como Jesús, Mesías pobre y Mesías de los pobres, la Iglesia no puede efectuar su anuncio más que compartiendo totalmente la condición de los pobres.

Los laicos deben hacerse presentes principalmente en aquellos ámbitos que interfieren en la ética social y en el crecimiento de la vida pública; en este ámbito la Iglesia debe estar presente mediante las posiciones de los laicos.

Esta forma de proceder no es otra cosa que ejercer valientemente la función profética que nos corresponde ante el mundo, aunque ello le suponga a la Iglesia renunciar a situaciones de privilegio social como las que ahora tiene.

Por nuestra misión profética estamos caminando en un campo minado. Las contra-bienaventuranzas, el contraproyecto que se enfrenta al reino de Dios es el reino del pan no compartido, del poder que no se configura como servicio a los más débiles, de los privilegios que tienen sus raíces las más de las veces en la acumulación material o cultural, del prestigio que organiza acontecimientos de

ostentación en los atrios del templo o en las plazas públicas, en lugar de articular procesos de transformación. La dimensión profética del cristianismo quita al sistema capitalista en el que vivimos la legitimación que él mismo se atribuye. La buena noticia del evangelio es denuncia de la "mala noticia" de la globalización con su lógica de coste-beneficio, con su concentración de capitales, con su ceguera e indiferencia, su exclusión global y su homogeneización cultural.

Pero ¡atención! Al colaborar en la construcción del proyecto de Dios y denunciar proféticamente el contraproyecto neoliberal, proponemos rupturas que también cuestionan nuestra propia realidad, cada vez más acoplada al sistema. No basta con condenar los abusos del capital ni querer humanizarlo sin cuestionar nuestras propias vinculaciones a estructuras que tienen las ventajas dictadas por el neoliberalismo.

7. Optar sincera y decididamente por la Iglesia de los pobres

Siendo realistas, hay que decir que los grupos y movimientos eclesiales que han luchado por esa recuperación no se encuentran en su mejor momento. Seguramente no sólo porque no han recibido el respaldo que necesitaban desde arriba, sino porque las posibilidades de transformación radical del mundo desde los intereses y las necesidades de los últimos tampoco pasan por su mejor momento. A todos se nos pide impulsar una espiritualidad de compromiso con el mundo y en el mundo desde la perspectiva señalada de la opción por los pobres.

Recordemos que en tres de sus discursos fundamentales (en la sinagoga de Nazaret, en las bienaventuranzas y en el del juicio final) Jesús es muy claro. Los protagonistas y el núcleo fundamental de su proyecto, que es el reinado de Dios, son las víctimas: los pobres, los presos, los hambrientos, los oprimidos, los extranjeros, los enfermos. Más aun, las víctimas no son solo los protagonistas o los destinatarios del proyecto de Dios en el mundo, son también los representantes de Dios en el mundo. Como tales, señalan a otro mundo que es

necesario y posible. Para los pobres la Iglesia debe reservar siempre lo mejor, porque el pueblo de Dios se constituye a partir de los pequeños, de los pobres y de los excluidos. En la lógica del reinado de Dios los pobres, los que viven en la esfera sombría del mundo son caminos de verdad y puerta para la vida. Nunca podemos desentendernos de "la autoridad de los que sufren" (J. B. Metz).

Poner en el centro a los crucificados es el mejor antídoto contra el peligro de aburguesamiento que amenaza siempre a la Iglesia en cualquiera de sus configuraciones.

Son cada vez más los que comprenden al "pobre" de manera más abarcadora que antes. Para evitar una concentración unilateral en el pobre económico, Gustavo Gutiérrez habla de "los insignificantes". Jon Sobrino ha escrito que pobres son "los que no dan la vida por supuesto", y, dialécticamente, "los que tienen a (casi) todos los poderes en su contra". Hoy los pobres también irrumpen en nuestras vidas como "excluidos", "subsaharianos", "indígenas", "emigrantes ilegales", "sin papeles", etc.

Lo fundamental, también hoy, es que siga irrumpiendo el pobre y el oprimido, y que irrumpa un Jesús que acabó crucificado por defenderlos. En ellos y junto a ellos sigue irrumpiendo el misterio de Dios. En su realidad histórica los pobres, producto de los opresores, son siempre el lugar teofánico por excelencia.

La irrupción de los pobres como sujetos eclesiales, en su condición de tales y no de meros administrados, produce la conversión de la Iglesia al evangelio. Por esa razón una causa importante del debilitamiento evangélico en buena parte de la Iglesia es que, o esos pobres ya no son reconocidos como sujetos eclesiales, o ellos mismos no se reconocen a sí propio como tales sujetos, o se identifican con movimientos eclesiales/sociales sin impulso emancipador y liberador, o carecen de espacio y posibilidad de articular su vida, sus luchas o sus resistencias dentro de la iglesia, que es fundamentalmente portadora de una religiosidad burguesa. Una exigencia para la conversión de los que formamos

parte de la Iglesia, es que los pobres se conviertan en el centro de la misma, en los sujetos privilegiados de la liberación y salvación evangélicas y en los anunciadores de la misma.

Lo dicho es una seria llamada de atención en contra de nuestro distanciamiento de la realidad conflictiva que manifiesta el hecho de la pobreza, en contra de nuestras actitudes de ofrecer alivio en medio de una vida de sufrimientos, pero sin comprometernos a erradicar la injusticia que los produce.

8. Conclusión. Suscitar una mística de la esperanza y del Espíritu

La voluntad de renovación y de reforma eclesial exige una fuerza interior que solo se logra en una experiencia espiritual, paciente y animosa.

De hecho no han faltado impulsos y grupos reformadores para el mantenimiento del proyecto conciliar de renovación. Si uno se pregunta por los motivos de la vida efímera de muchas empresas de reforma, se encuentra, junto a otros motivos (aislamiento de la Iglesia, problemas de liderazgo) y desengaños indiscutibles, una causa esencial en el poco anclaje en profundidad espiritual de los movimientos de reforma. Los programas han sido a veces miopes y estrechos, más reacción que acción, más determinados por las tácticas que por las ideas y quizá también demasiado diletantes. Lo que ha faltado es el impulso fundamental enraizado en una fe cristiana decidida para las reformas concretas.

Es preciso mantener una imperturbable prosecución de la meta y una incesante fuerza de convicción a pesar de los contratiempos, decepciones y derrotas. Donde no arde el fuego espiritual a favor de una "*ecclesia semper reformanda*" los esfuerzos de reforma se enredan pronto en táctica eclesiástica y se rompen los grupos que participan.

Las orientaciones que os he propuesto tendrán tanta mayor posibilidad de configuración cuanto más enraizadas estén en una mística espiritual militante comprometida,

- una mística de la fe que se profundiza en medio de los que viven en el descrédito,

- una mística de la esperanza vivida que se acrisola muchas veces en situaciones de desesperanza,

- una mística del amor a los pobres que se verifica en medio de ellos, amor a los que sufren menosprecio porque cargan sobre sus espaldas el proyecto hegemónico presente.

Una mística espiritual así abre veredas y prepara rupturas más profundas.

Hablar de espiritualidad es hablar del Espíritu. La cuestión que se le plantea al creyente de hoy que vive en medio de esta fuerte crisis eclesial, es la siguiente: ¿creemos que el Espíritu no sólo hizo nacer la Iglesia en el pasado sino que continúa guiando y acompañando a la Iglesia hoy, en medio de este nuestro mundo moderno, secularizado, globalizado y postmoderno...? Si no creemos en esta presencia del Espíritu en la Iglesia concreta de hoy, nuestra pertenencia a la Iglesia y el sentirnos Iglesia, carecería de sentido.

La Iglesia puede todavía tener un lugar en el mundo, pero solo si sabe renovarse. Es tarea de todos esforzarnos en mantener en una tensión legítima y constructiva las incertidumbres y ambigüedades que conllevará todo esto, confiando en la presencia del Espíritu Santo. Por todo ello estoy persuadido de que sí: *"Otra Iglesia es posible"*.